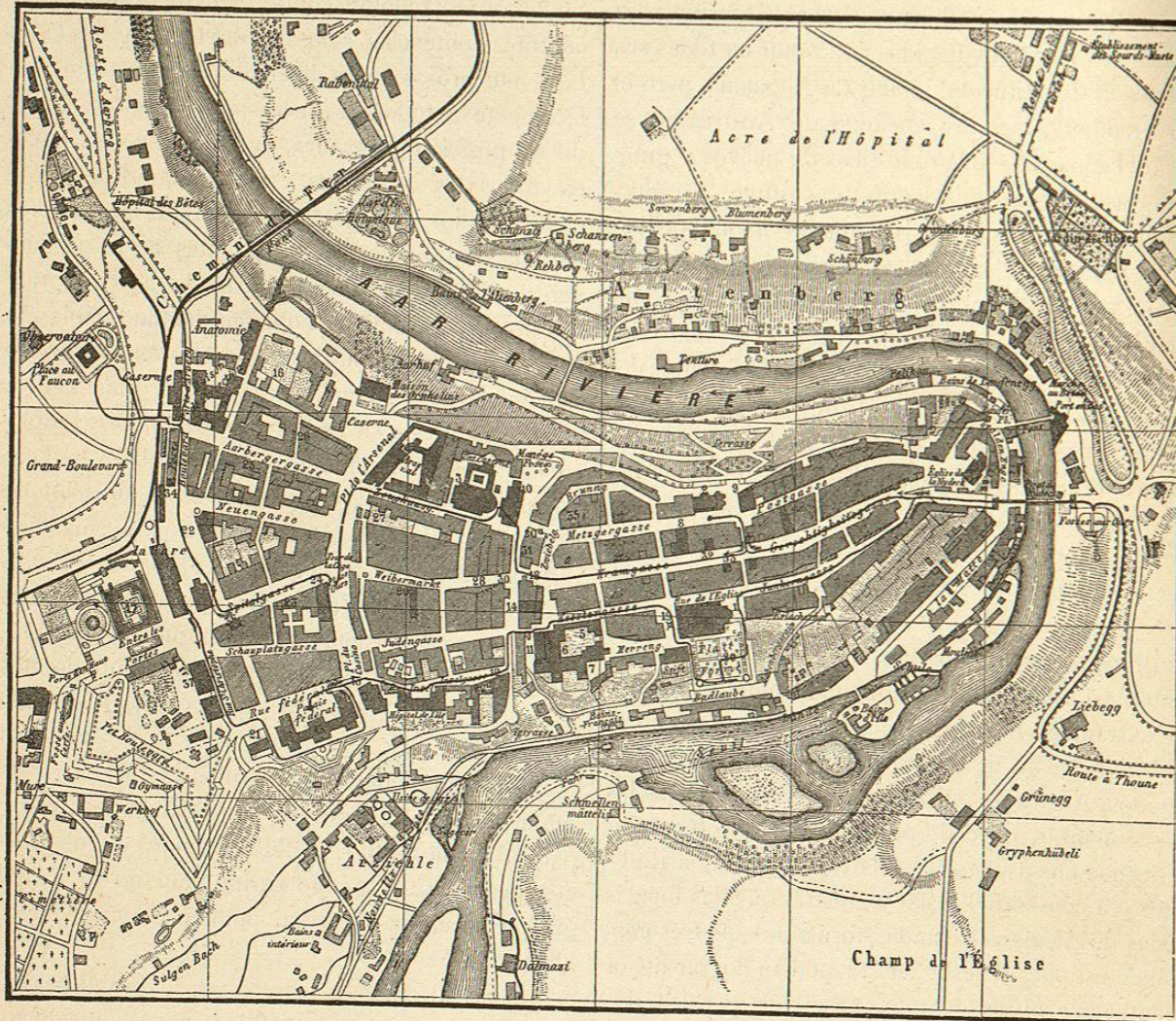


ban un triunvirato que no le inspiraba menos horror que el que podía darle el recuerdo de los triunviratos revolucionarios.

Wangenheim se sentía, pues, odiado y vigilado, como le constaba que eran vigilados sus amigos de Francfort, Klüber y los hermanos Murhard, ilustres publicistas, en cuyas obras apoyaba siempre

Wangenheim sus conclusiones; así lejos de retroceder y de esconderse, desafió á sus enemigos diciéndoles en un famoso libro suyo, que para establecer en Alemania la política del quietismo preconizado por Austria, no había más que un medio, y que éste consistía en purificar ante todo la Dieta, de los elementos de oposición que tenía en su seno. De



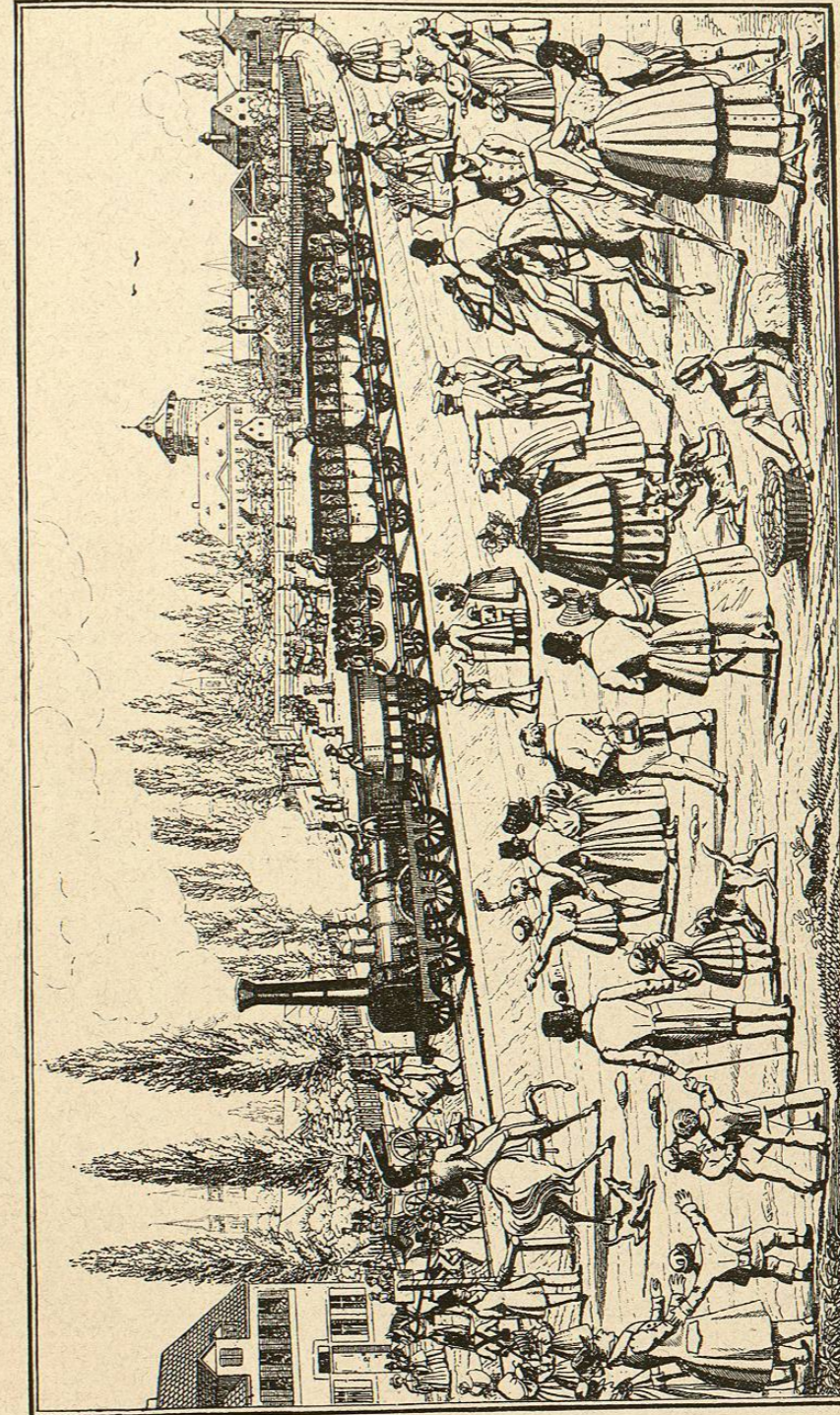
Berna

esta manera se denunciaba él mismo á las iras de los alemanes reaccionarios.

Si Wangenheim no se denunciaba sin motivos, se explica que en todas las cuestiones se presentara menos prudente de lo que convenía, menos batallador de lo que exigían los mismos intereses liberales que defendía, para que no se llegara á decir de él, lo que se dice en España de ciertos hombres y de ciertos políticos, esto es, «que tienen cosas,» pues para ser presentado Wangenheim como un elemento perturbador, como un espíritu inquieto, como un hombre sistemático, no había más que recordar que

el hombre que de una manera tan liberal y tan francamente reformista representaba al Wurtemberg, no había podido conseguir que su soberano gobernase su reino con arreglo á los principios que su embajador sostenía en Francfort, lo que no dejó de echarles en cara á uno y á otro Stein. Pero no es este el primer caso que se ha dado de querer la libertad, pero no para mi casa.

Contradictoria ó no la situación del Wurtemberg, del rey y de Wangenheim, lo cierto es que inspiraban á Prusia y Austria las desconfianzas más grandes, y que Gentz se dejó desde luego convencer por

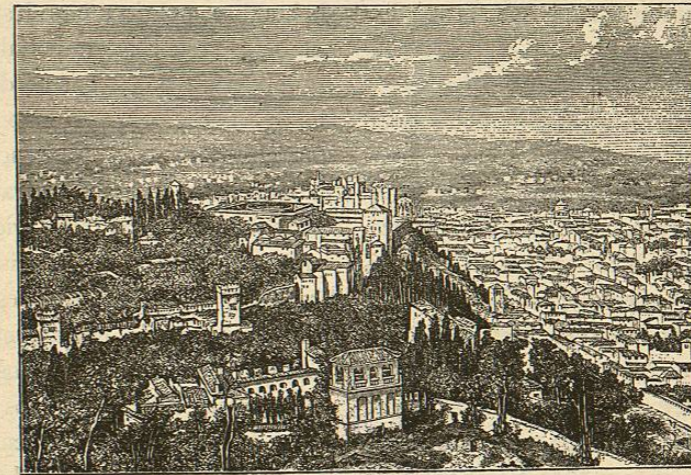


INAUGURACION DEL PRIMER FERROCARRIL ALEMÁN. — DE NUREMBERG A HOF
(Reproducción de un grabado de la época)

Wangenheim de que, en efecto, nada se conseguiría en Alemania sin purificar la Dieta. En este sentido habló á Metternich y no tardaron en ponerse de acuerdo. El pretexto que se necesitaba para pedir al rey de Wurtemberg la destitución de Wangenheim se encontró en la circular del rey protestando de los acuerdos del Congreso de Verona, circular en la cual llamaba á los soberanos reunidos en Verona, herederos «de la influencia que Napoleon había usurpado en Europa.»

Indicóse, pues, al rey de Wurtemberg la conveniencia de que retirase sus poderes á Wangenheim, pero el rey se negó; intentóse explotar la influencia

del tsar con su pariente, para decidirle á dicha medida, mas el tsar no fué más atendido; pero Metternich se había echado, y ya sabemos que el gran canciller era tenaz en sus resoluciones; así, llamó á Viena á varios hombres de Estado alemanes para tratar con ellos la obra de la purificación de la Dieta, para conseguir que fuese una garantía para el orden público. ¿Pero qué pretexto daba el canciller para llevar á cabo una obra de carácter tan personal? La necesidad de poner un freno al progreso de las ideas democráticas en el mediodía de Alemania, en los excesos del sistema representativo alemán, y en la necesidad de restaurar y reforzar



Granada

las antiguas instituciones representativas de Alemania.

El canciller declaraba que no podía tolerarse el que la Dieta se creyera autorizada á intervenir en los asuntos constitucionales de los Estados de la Confederación. Menos todavía admitía la publicidad de sus sesiones, y que de ellas dieran cuenta los diarios «en forma dramática y dialogada,» á cuyo fin pedía que se constituyera en el seno de la Dieta el antiguo Comité de la Prensa ó de la Censura.

Para llegar á todo esto Metternich necesitaba atraerse á Prusia, y Prusia creyó que le convenía mejor que presentarse Austria como la protectora del sistema liberal, dejar que se desacreditase haciéndose la reaccionaria y presentándose como la enemiga de la independencia absoluta de los Estados alemanes, salvo aprovechar tal ó cual ocasión; pero con tiento, y no muy á menudo, para defender y hacer valer los derechos populares. Pero si esta era la política del conde Bernstorff, la de la nobleza prusiana, representada por el príncipe Hatzfeld,

embajador de Prusia en Viena, era otra; es decir, era la de estar incondicionalmente al lado de Metternich, para ahogar toda manifestación liberal en Alemania.

Metternich, viendo que sus amonestaciones y consejos no daban resultado, determinó influir con el ejemplo, retirando su representante,—20 de Marzo de 1823,—á quien substituyó por otro francamente reaccionario, pero sólo la corte de Darmstadt le imitó. Cassel no sabía decidirse. El combate se llevó desde este momento al seno de la Dieta, en donde se acordó la suspensión del «Observador alemán» *der Deutsche Beobachter*, de Stuttgart, cuyo diario defendió Wangenheim con sarcástica y cruel ironía, como hombre resuelto á esperar de frente el golpe que ha de derribarle; así, habiéndosele encargado la ponencia en el asunto de los compradores de bienes nacionales de Westphalia, Wangenheim escribió su célebre informe apoyándose en la autoridad de Klüber, Pfeiffer y Bergman, tan odiados por todos los reaccionarios, y sosteniendo los verdaderos princi-

pios inmutables del derecho público. El escándalo que causó la publicación de dicho documento nos lo dirá el haberse calificado en Viena «como el documento más revolucionario y más subversivo para los derechos de la legitimidad y honor de los soberanos que se hubiese jamás leído en público.»

Diósele también la ponencia en el asunto del Schleswig-Holstein, y tampoco el intrépido representante de Wurtemberg se reservó, pues pedía que se diese al rey-duque un plazo corto y fijo, dentro del cual introdujese en los ducados la prometida Constitución. Con esto se traspasaron todos los límites, y Wangenheim, reprendido por su dictamen por el presidente, que lo era el representante de Austria, se vió á poco reemplazado por Trott. Lelpel cayó con Wangenheim.

Había cedido el rey Guillermo de Wurtemberg á la gran presión de Prusia y Austria y de otros Estados alemanes, para que hiciera callar al gran perturbador de la quietud alemana, pero al ceder á dicha presión el rey Guillermo, con esto no se congració con Metternich, quien le hizo sentir toda su humillación haciéndole comprender que el Wurtemberg no era nada ni representaba nada en Alemania. Solo cuando se hubo puesto en regla, presentando sus excusas personales al emperador de Austria, al rey de Prusia y al tsar, se le perdonó sus pretensiones de asegurar, como se decía en aquellos tiempos, á la Alemania pura, «una posición verdaderamente federal, vis á vis de las demás potencias.»

La causa esencial de la caída de Wangenheim, ó del rey de Wurtemberg, debióse, dice Gervinius, «á la inexperiencia política de Alemania: ni los príncipes, ni los pueblos, comprendían el sentido y fin de la oposición de Wurtemberg; la expresión que le dió su rey no encontró más que un débil eco en los centros de la juventud exaltada, eco infiel y poco inteligente. Lo mismo sucedió cuarenta años más tarde, cuando, en medio de la indignación general, se hicieron culpables las grandes potencias alemanas de abuso de poder, el más monstruoso, haciendo sentir su voluntad á la Dieta. Verdad es que el pueblo de los pequeños Estados sufrió amargamente esas pretensiones contrarias al derecho federal y la vergüenza que tuvo que sufrir; pero no comprendió más que á medias cuáles eran los medios por los cuales se hubiera podido oponer á la acción de las grandes potencias, y á los cuales no acudieron en lo más mínimo.

«En efecto, en esta parte de Alemania se encuentra completamente desarrollado el instinto nacional, que empuja los pueblos á un fin patriótico; pero el

tacto político, que permite reconocer los medios prácticos que sirven para alcanzar un fin práctico, les faltaban del todo, porque esta parte de la nación carece de toda dirección común, y ha perdido la costumbre de obrar con independencia. Ahora bien, es esta incapacidad de obrar que gusta de ocultarse tras el pretexto ó bajo el deseo predominante de no querer nada si no puede conseguirse todo, lo que constituye la característica de un pueblo cuya inteligencia política no ha salido aún de la edad de la infancia; esperan á que los gobiernos obren, se les provoca, se les injuria, pero solo para no verse obligados á moverse ellos mismos.

»Hé aquí, como por este tiempo, un gran número de hombres políticos que destinaban al rey de Wurtemberg la corona imperial, hubieran querido que se apoderara por sí mismo de esta corona; pero nadie dijo una palabra, ni hizo acto alguno para apoyar, en primer término, la actitud tomada por él en la defensa de la causa federal. De la misma manera, cuarenta años más tarde, viéronse acusados los pequeños príncipes de indecisión y de desunión; sin embargo, si hubo lentitudes y divisiones, esto es necesario ponerlo únicamente en la cuenta de los pueblos; pues los soberanos nada pueden hacer si no están sus súbditos unidos y resueltos á obrar con ellos. El buen sentido ordena que no se despliegue la bandera sino al frente del regimiento reunido.»

Libre la Dieta de Wangenheim, los sentimientos reaccionarios se dieron libre curso y entonces fué cuando se mandó al clero y orden ecuestre del Schleswig-Holstein que se sometiera á la buena voluntad del rey de Dinamarca, lo que motivó una protesta de los perjudicados, tan sentida como enérgica, protesta que valió á su autor una agria y dura censura. El autor de esa memoria era Dahlmann, «quien veinticinco años más tarde,—1848,—se vengó personalmente, cuando, investido de la confianza de Prusia, tomó asiento en la misma Dieta en donde dió suelta, con deliberado propósito, á la justa indignación que la vergüenza de esa resolución fatal había hecho nacer en él.»

Tras el voto recaído en la cuestión de Schleswig-Holstein vinieron los demás votos de las resoluciones de la Dieta que antes hemos dado á conocer.

La humillación del Wurtemberg, naturalmente, fué causa de que unos tras otros los diversos Estados alemanes fueran poniéndose al lado de Austria, dando ocasión á Metternich de pensar en modificar las constituciones concedidas, y en este sentido se abrieron negociaciones entre Austria, Rusia y Berlín, pero Bernstorff de un lado y el príncipe Lebzelt-

tern de otro, previnieron el ánimo del tsar y se pudo contrariar el juego de Metternich.

De todos los Estados era Baviera la que Metternich quería someter á sus ideas con más ahinco á causa de su importancia. En Baviera estaban frente á frente el conde Rechberg y el príncipe de Wrede. Para el primero, Metternich había sido la Providencia de Europa y como á tal obedecía sus mandatos; para el segundo, lo principal, era mantener la Constitución, por cuyo medio podía disponer de presupuestos más altos.

Así cuando por este tiempo,—primavera de 1824,—el archiduque Franz marchó á Munich con propósitos matrimoniales, Metternich le acompañó para ver si era posible conciliar á Rechberg y á Wrede lo que no le fué difícil, pues gracias á la policía se descubrió una conspiración de los sargentos del ejército para obligar al rey á elegir ministros más liberales. Esto, naturalmente, puso fuera de sí á Wrede y éste fué el primero en trabajar para decidir al rey de Baviera á ponerse á las órdenes de Austria.

Esta victoria de Metternich en Munich, hizo que al retirarse á su castillo de Johannisberg, se convirtiera la residencia del gran canciller en centro de grandes conferencias, destinadas á dominar el espíritu liberal de Alemania, por medio de una Dieta francamente reaccionaria. Todos los Estados enviaron á Johannisberg sus principales ministros y todos declararon á su castellano que estaban dispuestos á secundar su política: así el príncipe Hatzfeld escribía entusiasmado el resultado de esas conferencias destinadas á la sumisión de Alemania.

Encargóse, pues, á Münch-Bellingausen, el representante de Austria y presidente de la Dieta, que redactase la Memoria que se debía leer en la Dieta, trabajo que refundió Gentz y obtuvo la aprobación de Viena. En esta Memoria Austria reclamaba que se mantuvieran en vigor las resoluciones de Carlsbad relativas á la prensa y á las universidades; que se ejerciera una vigilancia rigurosa en los Estados constitucionales; que se conservara intacto el principio monárquico; que se introdujeran en las diversas dietas un reglamento sobre la marcha de los negocios, adecuado al fin de poner coto á los abusos que podían resultar, ora de la publicación de las sesiones, ora de la publicación de los debates por medio de la prensa.» A la vez se pidió que en la publicación de los protocolos de la Dieta se pusiera mucha parsimonia, y tanta se puso que en 1828 cesaron de publicarse.

Ya hemos dicho cómo se nombró una Comisión

á instancias de Metternich para averiguar los manejos de las sociedades secretas y como esta Comisión fué á establecerse en Maguncia, cubriendo con el mayor misterio todas sus resoluciones. Esto y sus actos produjeron grandes disgustos, acabando por reclamar Wangenheim y otros en la Dieta la presentación de sus memorias que no se dejaron ver; de modo que ya la Dieta irritada había acordado la supresión de tal Comisión inquisitorial, cuando llegaron los informes denunciando la existencia de varias sociedades secretas en el seno de las universidades alemanas,—3 de Junio de 1823,—de modo que el envío de esos informes vino á coincidir con la purificación de la Dieta por este tiempo casi realizada del todo.

La policía, como vemos, estaba siempre dispuesta á encontrar una conspiración cuando convenía. Así cuando después de la purificación del personal de la Dieta, se quiso «llevar á cabo la purificación de los principios, un nuevo informe de la Comisión de Maguncia denunció la existencia de otra sociedad secreta,—28 de Enero de 1824.—Cuando se quiso votar para la conservación de las resoluciones de Carlsbad, la Dieta recibió,—12 de Agosto,—esto es, cuatro días antes de la sesión fijada para dicho voto, indicaciones precisas sobre el descubrimiento de una doble liga compuesta de hombres maduros y de jóvenes, cuyo programa era la unión de toda la Alemania bajo un solo jefe y con instituciones republicanas.» De esta manera se influía en la Dieta y se conseguía que se votasen ó se aclamasen las medidas necesarias propuestas por Austria.

«Las resoluciones de Carlsbad, las persecuciones en Prusia, la supresión de la *Burschenschaft* y de las asociaciones de los gimnastas; y otros hechos semejantes, habían necesariamente dejado las impresiones más irritantes en el espíritu de todos aquellos que pertenecían al partido liberal, en los viejos lo mismo que en los jóvenes. Por un momento los más atrevidos, G. Snell, Carlos Follen y otros tomaron paciencia ó se resignaron á emigrar. Hasta la misma revolución de España no había en un principio modificado esta disposición de los espíritus. Sin embargo, cuando ese movimiento se propagó en Italia, en Francia y en Grecia, la chispa que alentaba bajo la ceniza, tomó calor también en Alemania. No produjo llama visible, sino solamente explosiones insignificantes y de corta duración y de varia índole. «No se llegaron á hacer esfuerzos determinados, sino á concebir pensamientos y proyectos cuyos fines eran en extremo variados; esas aspiraciones fueron provocadas entre los estudiantes por una presun-